

PRESENCIA DE LA *ODISEA* EN  
¿POR QUÉ CORRES, ULISES? DE ANTONIO GALA\*

Juan Antonio López Férrez  
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

RESUMEN

Esta contribución examina la presencia, influencia y uso de la *Odisea* en la comedia *¿Por qué corres, Ulises?* de Antonio Gala.

PALABRAS CLAVE: Presencia. Influencia. Uso. *Odisea*. *¿Por qué corres, Ulises?*. Antonio Gala.

ABSTRACT

«Presence of the *Odyssey* in *¿Por qué corres, Ulises?* by Antonio Gala». This paper examines the presence, influence and use of the *Odyssey* in the comedy *¿Por qué corres, Ulises?* by Antonio Gala.

KEY WORDS: Presence. Influence. Use. *Odyssey*. *¿Por qué corres, Ulises?*. Antonio Gala.

A. Hace unos años me ocupé de la influencia de la *Odisea* en dos dramaturgos españoles del siglo XX, Gonzalo Torrente Ballester (*El retorno de Ulises*, ¿1946?) y Antonio Buero Vallejo (*La tejedora de sueños*, 1952), subrayando cómo siguen vivos los motivos literarios esenciales planteados en el poema homérico (cf. López Férrez, 2003): el conflicto bélico origen de la separación de los esposos durante veinte años; el largo y azaroso viaje del protagonista, más de diez años errando por el mar; las aventuras amorosas del mismo; la esposa solitaria y paciente que aguarda en el hogar, recurriendo a su astucia para retrasar la boda forzosa con uno de los numerosos pretendientes; el hijo que sale en busca de su padre; la prueba del arco; el reconocimiento del héroe; etc. Apunté asimismo cómo surgen nuevos temas ausentes de la *Odisea*: la muy distinta función de los dioses, cuando tienen alguna; la diferente situación social y política; el enamoramiento de Telémaco de una joven que no siempre le corresponde; el amor incipiente de Penélope por uno de los pretendientes, que en todo momento la respeta y la ve joven; el desmedido elogio de Helena; el distanciamiento de Ulises y Penélope una vez que el primero llega al hogar; la desmitificación del héroe; la crítica de las guerras; la presencia de un coro; etc.

B. En esta ocasión abordo, con la misma intención, una comedia de Antonio Gala, *¿Por qué corres, Ulises?*, estrenada el 17 de octubre de 1975 en el Teatro Reina Victoria de Madrid<sup>1</sup>. El autor, nacido en 1930 (Brazatortas, Ciudad Real), creció en Córdoba,

a la que siempre se ha sentido especialmente ligado. Ha cultivado todos los géneros literarios, y recibido numerosos premios y reconocimientos (Nacional de Teatro «Calderón de la Barca», Planeta...). Cuenta en su haber con una extensa producción teatral.

En el prólogo de la edición consultada, a cargo de Llovet, leemos que Gala intuyó, desde su primera obra, la necesidad de recuperar el teatro, lo que sólo podría hacerse a través de los temas mayores: la culpa, la libertad, la expiación, la responsabilidad (*Ibid.* 16-7). Añade el prologuista que en esta comedia resulta muy claro que su autor aspira a reflejar a fondo nuestra sociedad: Nausica (*sic*), Penélope y Ulises codifican una fuerte denuncia de una sociedad alejada de los valores del espíritu; en la obra, sigue diciéndonos, puede verse una referencia literaria que no trata de desenmascarar los viejos ensueños mitológicos, sino de proyectar, sobre nuestro mundo, una tibia y risueña demostración de la perennidad con que los seres humanos se dejan tentar por las inclinaciones triangulares (*Ibid.* 28-9).

En la introducción, el propio Gala nos dice que la *Odisea* es algo que se cierra, una «consolidación de la costumbre, aunque sea la del cansancio». Son relevantes sus palabras:

Yo decidí en 1975 referirme a la *Odisea*. Para hablar de lo que deseaba (poner en solfa al «conservador puro, incapaz de nuevas experiencias, inaccesible a las sugerencias de la realidad, emperrado en volver como sea») era al Ulises concéntrico, al Ulises de la posguerra náufraga al que me convenía sacar a colación.

Un Ulises 75 que a la Nausica 75 le parece esencialmente un burgués cursi y anticuado, cuyos conceptos, ideales y moral están mandados retirar hace ya mucho; con el que sólo en el oscuro silencio fisiológico —y aun así no por demasiado tiempo— puede entenderse [...].

Es natural [...] que acaezcan dos cosas: primera, que la joven Nausica se harte al comprobar que es un puro cascarón, un fantasma, algo inútil [...], un valor convencional basado en palabras y triunfos y hechos borrosos y sin vigencia ya, pero con cuyas rentas se pretende todavía vivir y enamorar; segunda, que Ulises [...] desconfíe de los jóvenes que ignoran sus proezas y, por añadidura, tienen la voluntad expresa de seguir ignorándolas por falta de respeto.

La Nausica 75 [...] humilla al héroe que ha dejado de serlo (Héroe se es un momento; narrador de la propia heroicidad, muchos más: demasiados). De ahí que, en lo íntimo, Ulises reclame la presencia de Penélope. Y la reclame, no como la dejó —estricta, puritana y pelmaza—, sino [...] fiel, inmóvil, cómoda, requetesabida y victoreante; una Penélope soñada a su medida.

Pero la Penélope 75 tampoco será así: la realidad no responde a los sueños. En Ítaca, Penélope no espera el poderío de Ulises «tejiendo y destejiendo los edito-

---

\* Elaborado dentro del Proyecto HUM2006-08548 de la Dirección General de Investigación (Ministerio de Educación y Ciencia).

<sup>1</sup> Sigo y cito, como edición, Antonio Gala, *Las cítaras colgadas de los árboles. ¿Por qué corres, Ulises?*, con prólogo de Enrique Llovet, Espasa Calpe, Madrid, 1984<sup>4</sup>. La obra revisada está en las pp. 128-212; en lo sucesivo la mencionaré con la abreviatura *Ibid.* Los corchetes con puntos suspensivos indican que he suprimido elementos innecesarios para esta contribución.

riales del inmovilismo». Ha tenido demasiados trabajos, entre otros el de guardar las formas [...] y el de pararle los pies al fiel Telémaco que, por descontado, lo que quiere es alzarse con el trono de Ulises. [...] En ese Archipiélago de las Islas Adúlteras en que mi comedia se desarrolla, donde todos mienten a todos y que no queda demasiado lejos de nosotros, Penélope recibirá a Ulises [...] como Ulises soñó. Ítaca no fue nunca [...] el paraíso perdido. Ahora los dos saben que se están engañando y se dejan porque ya no les queda otra salida.

El mangoneo final, en que Penélope recupera las riendas después de ponerle a Ulises la venda del halago ante los ojos, es patético. Y aleccionador [...].

El triunfador siempre acaba por fracasar [...] y ser sustituido por otro triunfador más joven [...]. En Ítaca, Ulises ya no halla ni esposa, ni heredero. Halla la ambigua conveniencia de una mujer que lo acepta como último recurso y la fría esquelma mortuoria con que un sucesor ha cubierto su nombre.

¿Puede extrañar que, ante este panorama inevitable, le preguntemos a Ulises por qué corre? (*Ibid.* 123-7)

C. La primera parte contiene dos «oscuros», a modo de escenas. Eurimedusa<sup>2</sup>, la nodriza de Nausica<sup>3</sup>, a la que había amamantado durante tres años, llega a la habitación en que ésta y Ulises, acostados en una cama, están besándose:

«Tres días con tres noches, que ya es decir, lleva ese hombre en esta casa. Tres días en la misma postura, poco más o menos... (*Directa al fondo*). Y es que no te hartas. Sales una mañana y vuelves de la playa con un medio ahogado, según tú. Desde entonces no has dejado ni un momento de hacerle la respiración boca a boca... » (*Ibid.* 129)<sup>4</sup>.

Nausica le pregunta a Ulises quién es y le recuerda que lo despertó la pelota con que jugaba desnuda en la playa<sup>5</sup>; al mismo tiempo, añade: «con una rama de olivo pastaste tu... bueno, tu... virilidad, digamos» (*Ibid.* 131)<sup>6</sup>.

---

<sup>2</sup> Sólo una vez tenemos este nombre en el poema homérico (*Odisea* 7. 8), donde se indica que había criado a Nausícaa, sin dar más explicaciones; luego, le encendía el fuego y le preparaba la cena. Es innovación de Gala lo referente a la duración de la lactancia.

<sup>3</sup> Adviértase la ligera variante respecto a la normal transcripción del griego *Nausikáa* (Nausícaa). En el texto principal mantengo la grafía de Gala, para evitar confusiones. En cambio, en las notas usaré la forma usual entre filólogos clásicos.

<sup>4</sup> Toda esta escena es pura invención de Gala, pues, si bien la Nausícaa homérica afirma (*Odisea* 6. 244-5) que le gustaría tener por esposo un hombre como Ulises (una vez que éste se hubo quitado de encima toda la sudeidad marina), no hay allí nada que permita pensar en contacto físico, ni mucho menos sexual, con el héroe. (Mantendré siempre el nombre procedente del latín, Ulises, en vez del común entre helenistas, Odiseo, a la hora de mencionar al héroe itacense en los textos griegos).

<sup>5</sup> La *Odisea* no dice explícitamente que Nausícaa y sus acompañantes estuvieran desnudas, pero sí que, tras haber lavado sus ropas, las habían tendido al sol; después, se desprendieron de sus velos para jugar cómodamente con la pelota: cf. *Odisea* 6. 95-100. Ahora bien, las muchachas estarían quizá vestidas en el momento en que Nausícaa, por error, tiró la pelota a un remolino, tras lo cual todas las jóvenes dieron un gran grito, que despertó al dormido Ulises.

<sup>6</sup> El poema homérico nos habla simplemente de una gran rama arrancada de la vecina selva (*Odisea* 6.128-129) con la que el héroe se tapó las partes pudendas.



Ulises se presenta a sí mismo como «un hombre al que los dioses no dejan descansar»<sup>7</sup>; luego, indica que ha pasado diez años de isla en isla, con una precisión harto significativa: «no puedo decir que me haya aburrido... ».

Por su lado, la joven afirma que están en la isla de Feacia<sup>8</sup>, y, al mismo tiempo, pronuncia su propio nombre. En cambio, Ulises replica: «Yo fui el inventor del caballo de madera».

Ella no sabe nada de ese equino, sobre el que Ulises ha dicho «Me refiero al caballo dentro de cuyo vientre penetramos en Troya», añadiendo que allí entraron «los argivos, los tebanos, los aqueos... », e insistiendo en que viene de la guerra de Troya, algo que aquélla ignora.

Ulises.- «(*Molesto*) De la de Troya, hija. ¿No has oído hablar de la guerra de Troya? Nausica.- (*Con gran ligereza, que va ofendiendo a Ulises cada vez más*) Quizá sí. No recuerdo. Las guerras son aún más aburridas que las islas; a quienes más gentes degüellan, más condecoraciones. No soy partidaria» (*Ibid.* 133)<sup>9</sup>.

Ulises dice, por fin, su nombre, desconocido para la joven, y precisa que era rey de Ítaca (*Ibid.* 134)<sup>10</sup>. Ella tiene ganas de continuar disfrutando del amor, pero él se pone a filosofar sobre el mar: «la libertad, la posibilidad, una eterna aventura. El único lugar en que se está desmemoriado y disponible. En el que se sirve sólo a la vida: siempre al alcance de la sorpresa, siempre a las órdenes del destino...» (*Ibid.* 135)<sup>11</sup>.

Si ella lo interrumpe varias veces, con la intención de seguir con lo que acababan de hacer, él continúa enfrascado en sus relatos y pensamientos.

Ulises.- «(*Con presunción y tristeza*) Pero hace veinte años yo era como un dios joven...

Nausica.- Y ahora eres como un dios maduro... Las perdices están mejor un poco pasaditas. La fruta verde deja áspera la boca. Tú, no. Me gustas como eres» (*Ibid.* 136)<sup>12</sup>.

<sup>7</sup> Una constante de la comedia será la referencia a los dioses por parte del héroe, mientras que los demás tienen serias dudas sobre los mismos o niegan abiertamente su existencia.

<sup>8</sup> En la *Odisea* se habla con frecuencia de la ciudad, el país de los feacios. La isla donde habitaban se llamaba Esqueria (*Scheriê*), no Feacia (*Phaiakia*), nombre raro, registrado a partir del siglo IV a.C. (Para comodidad del lector, transcribo los términos y expresiones griegas).

<sup>9</sup> Al llamado Ciclo troyano correspondía la perdida *Pequeña Iliada*, donde se relataba el famoso episodio del Caballo de madera, dentro del cual un grupo selecto de aqueos, bajo del mando de Ulises, logró entrar en Troya, tras haber recurrido a una hábil estratagema para engañar a sus defensores. Cf. Apolodoro, *Építome* 5.19; Higino, *Fábulas* 108. Por lo demás, la crítica de la guerra de Troya es antigua: la tenemos ya en los trágicos griegos del siglo V a. C.

<sup>10</sup> La bien conocida isla del oeste de Grecia donde Ulises era rey.

<sup>11</sup> Es una constante de la obra establecer un contraste evidente entre la libertad ofrecida por el mar y el viaje, y la carencia de la misma desde el momento en que el héroe se detiene en alguna parte.

<sup>12</sup> Aparte de las ocasiones en que se le compara directamente con un dios, Ulises aparece ciento dos veces en los poemas homéricos (de ellas setenta y nueve en la *Odisea*) como *dios Odysseús*, «divino Ulises», siempre en una frase formularia a fin de verso (Aquiles, el segundo, en orden de frecuencia, que recibe el mismo calificativo, lo tiene sólo en cincuenta y cinco pasajes).

Si él afirma que Nausica es su última isla y que, desde allí, se irá a la suya, Ítaca, «la más abrupta<sup>13</sup>, la más pobre de todas...», la joven le pregunta por qué dejó tal lugar; el fecundo en recursos replica que por defender unos principios: «La santidad del matrimonio. La estabilidad de los hogares. La dignidad de los maridos» (*Ibid.* 137).

Nausica.- (*De corazón*). ¡Qué antiguo, Ulises! [...] ¿Y qué hiciste para defender esos principios?

Ulises.- La guerra de Troya.

Nausica.- ¡Dale con la guerra! Para conseguir esos «ideales» (*Con retintín*) ... no conozco yo más que un campo de batalla (*Por la cama*). ¡Ese!

Ulises.- (*Condescendiente*) Eres muy joven. No sabes que a veces hay que arriesgar la vida porque triunfe una idea.

Nausica.- (*Terminando la conversación*). Una idea por la que haya que dar la vida, no me interesa: es demasiado cara... ¿Y qué sucedía en Troya?

Ulises.- El príncipe Paris había raptado a Helena, esposa de Menelao de Esparta.

Nausica.- Con su consentimiento, claro.

Ulises.- (*Horror*) ¿Con el de Menelao?

Nausica.- Con el de Helena. A ninguna mujer se la rapta si ella no quiere (*Ibid.* 137-8)<sup>14</sup>.

Ella, además, sostiene que no se debió hacer una guerra para destruir un amor, pues la propia Helena, cansada de Paris, habría terminado por volver con Menelao. «Siempre sucede así» (*Ibid.* 135). El héroe, contestando a las preguntas de aquélla, afirma que Helena era rubia y tenía los pechos grandes<sup>15</sup>. Nausica entonces puntualiza: «Sólo por una rubia se hace una guerra. Las morenas tenemos que organizarlas por nuestra propia cuenta. Qué desdicha [...]» (*Ibid.* 138).

Si él afirma que el amor sirve, sobre todo, para que la especie sobreviva, ella le replica así: «Nadie cuando hace el amor piensa en la especie, desengáñate. Ulises lleva tres días pensando en Ulises mientras besa a Nausica... Para evitar eso, la especie ha inventado el matrimonio. Se trata de una norma de higiene... Como para justificar las guerras se han inventado la patria, el heroísmo, las marchas triunfales... » (*Ibid.* 139).

---

<sup>13</sup> La condición escarpada de Ítaca es subrayada siete veces en la *Odisea* con adjetivos diferentes (1.247; 10.417.463; 11.480; 15.510; 16.124; 21.346); sólo en una ocasión se nos dice que es criadora de cabras (4.606). Aun así, en sentido estricto, no encontramos allí ningún calificativo que nos autorice a considerarla pobre.

<sup>14</sup> Es muy antigua la tradición según la cual Helena, tras enamorarse perdidamente de Paris, deslumbrada por su belleza y oro lo siguió de modo voluntario hasta Troya. *Cf.*, por ejemplo, Eurípides, *Ciclope* 182-6, *Ifigenia en Aúlida* 73-6.

<sup>15</sup> Que Helena era rubia lo leemos por primera vez en Safo (*Fragmento* 23.5); que al ver sus pechos (sin indicar tamaño) Menelao olvidó sus promesas de matarla e inmediatamente aceptó sus besos lo leemos en Eurípides, *Andrómaca* 629.

El fecundo en ardid afirma, ante las palabras de la joven: «Yo también soy un gran individualista: me quiero a mí sobre todas las cosas. Quiero realizarme, ser yo cada vez más... A propósito: me extraña que no hayas oído hablar de mi astucia y de mi elocuencia. Soy famoso por ellas»<sup>16</sup>.

Pero Nausica le contesta que «la fama rara vez responde a la verdad». Y más abajo: «Yo quizá por no haber oído hablar de ti, no te encuentro ni astuto ni elocuente. Te encuentro sexy, más que nada» (*Ibid.* 139).

El de Ítaca describe a Circe<sup>17</sup> cual bellísima hechicera capaz de transformar los hombres en cerdos y, además, enamorada de él. A la joven no le sorprende:

Nausica.- Que se enamorara de ti, normal; a cada cerdo le llega su sanmartín. Pero que convirtiera a los hombres en cerdos me parece un trabajo innecesario. Siempre acaban por convertirse en cerdos ellos solos: basta dejarles tiempo.

Ulises.- (*Deseando apuntarse un tanto*) ¿Y Calypso, la Ninfa? También se enamoró de mí. De su isla vengo precisamente ahora...

Nausica.- ¿Esa qué hacía? ¿En qué convertía a los hombres?

Ulises.- En amantes.

Nausica.- Mucho más inteligente... Lo que me temo, pícaro, es que tú estés harto de ser famoso sólo por tu elocuencia (*Esto ha halagado a Ulises; lo que viene no*). A tu edad, es lógico que prefieras pasar a la Historia como un gran seductor. Ser lo que nunca se ha sido es una tentación... (*Ibid.* 140)<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> Ulises destaca ya desde los poemas homéricos por sus muchos recursos (*polymēchanos*) y rica inteligencia (*polymētis*).

<sup>17</sup> Circe aparece cuarenta y cinco veces en la *Odisea*, donde son esenciales las noticias que leemos en 10.136-271; era hermana de Eetes (el padre de Medea, otra maga experta en fármacos varios); ambos eran hijos de Helio (Sol) y Perses (engendrada por Océano); habitaba en la isla de Eea, donde llegó Ulises con sus compañeros; a éstos los convirtió en cerdos, pues era gran conocedora de drogas (10.276); le pidió al héroe que se uniera con ella en el lecho (10.334-5), y deseaba convertirlo en su esposo (9.31); tras devolverles la figura humana a los griegos, retuvo a Ulises a su lado durante un año (10.467); finalmente le dio todo tipo de indicaciones para que descendiera a Hades a fin de consultar al adivino Tiresias (10.504-549).

<sup>18</sup> La transcripción «Calypso» ofrecida por Gala nos permite pensar que se valió de alguna traducción no española, pues, por lo general, en nuestra lengua la *-y-* griega, presente en *Kalypsō*, pasa a *-i-* latina. Se trata de un nombre parlante: «La que oculta», es decir, la que esconde y retiene a Ulises. La encontramos veinticuatro veces en la *Odisea*: se la tiene en catorce secuencias por divina entre las diosas; era hija de Atlas, el que sostiene con su cuerpo las elevadas columnas que separan la Tierra del Cielo (1.51-4; 7.245); vivía en la isla de Ogiqia, dentro de cóncava cueva situada tierra adentro y rodeada de hermosa vegetación y espléndidas fuentes; cuando Ulises, desaparecidos o muertos todos sus compañeros, llega a tal lugar, lo acogió desde el primer momento y, a partir de entonces, deseaba que fuera su esposo (1.14), dándole amor y cuidados (9.450) y teniéndolo por amado compañero de lecho (5.120); le prometía hacerlo inmortal (5.136) y lo retenía por necesidad (4.557; 5.14), aunque él, cada día, echaba de menos a su esposa (5.210); protesta enérgicamente cuando llega Hermes con una orden de Zeus para que permitiera a Ulises que se marchara (5.118-144); finalmente, el héroe pudo hacerse a la mar en una balsa construida por él mismo, tras haber estado con Calipso durante siete años (7.261).

El rico en ardid es sostiene que esas dos mujeres, además de Penélope, eran muy buenas tejedoras<sup>19</sup>, por lo que Nausica infiere que no las dejaba satisfechas: «una mujer que le teje un jersey a un hombre está a punto de dejarlo por otro. Tejer, ocupa las manos, pero deja libre la imaginación... » (*Ibid.* 140-1)<sup>20</sup>.

El de Ítaca cuenta que Penélope es su esposa: alta, delgada, estricta, buena administradora y morena; además, añadirá luego, tiene un hijo, Telémaco<sup>21</sup>.

La joven no acepta las explicaciones del itacense:

Nausica.- «Claro. Y por defender la santidad del matrimonio, la estabilidad del hogar y la dignidad de los maridos, dejaste hace veinte años tu hogar, tu matrimonio y a tu mujer expuesta a ponerte los cuernos. Muy razonable» (*Ibid.* 141).

Ante las palabras del fecundo en ardid, a saber, su intención de regresar a Ítaca hasta el momento en que su barco se estrelló contra la isla en que se encontraban, Nausica —que en varias ocasiones confiesa tener diecinueve años— añade:

Si quieres, puedes quedarte aquí. Mi padre, el rey Alkino<sup>22</sup>, no sabe que has llegado. Nadie lo sabe salvo Eurimedusa, cerciórate de tus deseos y si te gusto lo bastante —tú sí me gustas a mí—, fingimos otro naufragio, te encuentran en la playa un poco más vestido que te encontré yo, y mi padre me dará en matrimonio al extranjero... Yo, por la edad, puedo ser hija tuya. Por la cama, puedo ser tu mujer. A los dos —a tu mujer y a tu hijo—estoy en situación de sustituirlos... ¿Qué piensas? (*Ibid.* 142).

El itacense se queda perplejo ante la frialdad de la joven al exponer los hechos. Especialmente, le duele su afirmación de que pueden amarse «de momento».

Ulises.- Pero si yo me olvido de mi hogar, de mi esposa y mi hijo, tiene que ser por un amor eterno.

Nausica.- Eres un burgués cursi, Ulises. Tú fuiste a Troya, has estado acostándote con quien te lo ha pedido por esos mares de Dios y ahora quieres hacerme res-

---

<sup>19</sup> Ambas cantaban con hermosa voz mientras tejían; Calipso con lanzadera de oro (5.62), Circe, en grande e inmortal telar (10.222).

<sup>20</sup> Hilar y tejer es la ocupación femenina por excelencia en los poemas homéricos, sin excluir ninguna categoría social ni económica, pues, aparte de las tres indicadas, tejen Arete (la reina de los feacios) y, entre otras, Helena y Andrómaca, esposas de dos príncipes troyanos. La habilidad en la producción de tejidos era un don de Atenea, muy importante para la economía familiar.

<sup>21</sup> Salvo lo de ser una excelente administradora del patrimonio familiar, aunque sin recibir apelativo por la función, las demás cualidades no las tenemos en el poema odiseico. Penélope, presente en ochenta y tres pasajes de la *Odisea*, aparece allí calificada de prudente (*periphron*, *echéphron*) e irprochable (*amymon*); además, tiene ánimo obstinado (*apēnēs*) y desconfiado (*apistos*). Telémaco, con doscientas cuarenta y seis apariciones en la *Odisea*, es el personaje más mencionado después del protagonista (cuatrocientas una).

<sup>22</sup> Alcínoo (*Alkinoos*), rey de los feacios, estaba casado con Arete: el matrimonio tuvo tres varones y una hija, Nausícaa.



ponsable de tu hogar y tu hijo. No, bonito. Si te quedas será porque de «momento», lo pasas conmigo tan estupendamente como yo, por lo menos. (*Alejándose*) Además de ciertas cosas no me gusta hablar. El amor no se dice: se hace. A propósito, ¿has descansado ya? (*Pensativa hacia la cama*) Me parece que me hubiera entendido con Helena, si no hubierais cometido la salvajada de devolvérsela al marido... El de Helena es un poco tu caso, ¿no encuentras? Lo que pasa es que tú vuelves a tu isla por cansancio y ella volvió a la fuerza... Helena puede seguir pensando que la vida, fuera de Esparta, es muy hermosa. Tú sabes que la vida, fuera de Ítaca, no lo es [...] (*Ibid.* 142).

Dentro ya del primer oscuro, el fecundo en ardid es alude a unos hechos parcialmente recogidos en la *Odisea*.

Ulises.- Hubo un tiempo en que por mí disputaban los dioses... Zeus mandó a Hermes, su mensajero, a la Ninfa Calypso. «No retengas a Ulises», le dijo. «Su destino no es morir a tu lado sino volver a su patria y los techos de sus altas mansiones»<sup>23</sup>. Nausica.- Me hiciste pensar que Ítaca era un país de cabras<sup>24</sup>. Lo de las altas mansiones es una novedad...

Ulises.- (*Sin escucharla*) Un estremecimiento sacudió a Calypso y respondió: «Los dioses sois celosos. Nos negáis a las diosas el derecho de compartir la almohada con el mortal que nuestro corazón elige por esposo. Qué cólera sentís cuando amamos las diosas. ¿Es que en la vida vuestra puede haber algo más que alegría? Raptó la Aurora a Orión, y Artemisa, envidiosa y casta, lo alcanzó con sus flechas. Se enamoró Deméter de Jasón, entregándose a él sobre los surcos tres veces removidos y Zeus le acribilló con su rayo de oro. A mí me traen a Ulises el viento y el oleaje. Lo recibo, lo abrazo, le prometo la juventud eterna... y el Olimpo, feroz, me lo arrebató». El corazón de la diosa lloró por mí... Yo fui ese Ulises. Iba a ser como un dios... (*Ibid.* 145)<sup>25</sup>.

En esos momentos, Eurimedusa entra en la habitación y se queja de no poder limpiar el polvo.

Nausica.- (*Desganada*) Más polvo había antes. No gruñas... (*Con naturalidad*) o te mando al Erebo<sup>26</sup>, hijo del Caos y hermano de la Noche...

<sup>23</sup> La cita entre comillas no corresponde del todo al original griego, donde leemos que la orden, procedente de Zeus, la transmite Hermes en estilo indirecto: «te ordena que lo devuelvas lo antes posible, / pues su sino no es morir aquí lejos de los suyos, / mas su destino es ver a los suyos y llegar / a su mansión de alto techo y a su tierra patria» (*Odisea* 5. 112-5). En este poema hallamos tres veces la expresión «de alto techo», referida a la mansión del héroe: 5.42; 115;7.77).

<sup>24</sup> Sólo en una ocasión nos habla la *Odisea* de Ítaca como criadora de cabras (4.606).

<sup>25</sup> La secuencia recoge lo esencial del pasaje homérico (*Odisea* 5.118-28), donde, en realidad, se habla de Jasión (o Iasión) (no Jasón). De Jasión, hermano de Dárdano (el fundador de la ciudad homónima situada en la Tróade), se enamoró perdidamente Deméter, que tuvo ayuntamiento con él en medio de unos sembrados.

<sup>26</sup> De Caos nacieron Érebo y Noche: cf. Hesíodo, *Teogonía* 123.





Eurimedusa.- (*Asustada*) ¿Qué?

Nausica.- ¿Ves? Ya me está contagiando sus manías. Habla él y me pone la alcoba perdida de dioses y centauros<sup>27</sup>.

Eurimedusa.- Lo que inventan para llamar la atención. Qué presumidos, madre.

Nausica.- Si se come un conejo es porque Palas Atenea se lo puso delante. Si se descuerna contra una roca es porque Poseidón le tomó antipatía. Si lleva veinte años haciendo el gamberro fuera de su casa es porque dejó tuerto de su único ojo a Polifemo<sup>28</sup>, que también hace falta mala sangre... (*Pequeña pausa*) Me aburro, Eurimedusa... No, no me aburro.

Eurimedusa.- (*Que ha dejado el cuchillo y se ha puesto a limpiar*) ¿No le gustaba el mar? Pues que se vaya a Ítaca con viento fresco. O a donde sea.

Nausica.- Es que lo quiero aún. Es un pesado, pero lo quiero. Me ha contado ya tres veces la *Iliada*, cada vez de una forma diferente: lo que no cambia es que él se pone siempre de protagonista... Pero lo quiero... La *Odisea* me la sé de memoria: si él se equivoca, y le sucede con frecuencia, lo corrijo... Pero lo quiero. Ningún hombre, hasta ahora, me inspiró lo que Ulises: ternura... No hay nadie que suscite más ternura que un héroe cansado.

Eurimedusa.- Pues aguántate entonces. Todos estos que vienen de la guerra, vienen así: pidiendo una enfermera a gritos. Les digas lo que les digas, te hablan sólo del frente (*Ibid.* 145).

Nausica le recuerda que Ulises no quiere casarse: «Dice que, antes o después decidirán los dioses que retorne a su isla», a lo que le replica la sirvienta: «Qué capricho con mezclar a los dioses hasta en sus charranadas... ¿Por qué no le despiertas ahora mismo y le dices que los dioses te han «comunicado» que debe largarse con su música a Ítaca» (*Ibid.* 146)<sup>29</sup>.

En medio de esa conversación, Ulises, dormido, dice así refiriéndose a la joven: «Sólo una vez en Delfos, junto al altar de Apolo, he visto algo tan bello como tú: fue el tronco de una palmera que subía hasta el cielo... » (*Ibid.* 147)<sup>30</sup>.

Eurimedusa le cuenta a Nausica algo que le había ocurrido cuando tenía los años de ésta:

A un marinero quise yo a tu edad que, cada noche, al volver de la playa, me hablaba de sirenas que había visto y le habían llamado. Por darme celos. ¡Celos yo! Y

---

<sup>27</sup> Tres menciones hallamos en los poemas homéricos sobre los Centauros, seres míticos mitad hombre mitad caballo; la de Quirón, el buen Centauro que educó a Aquiles (*Iliada* 11.832) y la lucha de los Centauros y Lápitias (*Odisea* 21.295-303).

<sup>28</sup> Si Atenea (o Atena) protege al héroe y a su hijo Telémaco, Posidón castigó duramente al fecundo en recursos por haber dejado ciego a su hijo, el Ciclope Polifemo: cf. *Odisea* 1.68-71. El canto noveno del poema recoge la llegada de Ulises y sus compañeros a la tierra de los Ciclopes y todo lo que allí sucedió.

<sup>29</sup> Nótese la frivolidad respecto a la voluntad y palabra de los dioses.

<sup>30</sup> Ulises, cuando, por primera vez, vio a Nausicaa, dijo que no había contemplado jamás ningún hombre ni mujer tal; en cambio, una vez, en Delos (no en Delfos), observó que, junto al altar de Apolo, crecía un retoño de palmera de hermosura semejante (*Odisea*, 6. 162-3).

total de una sirena, que no es ni carne ni pescado: una especie de merluza que canta... Y es que los hombres no tienen bastante con las mujeres: necesitan estar todo el día imaginando cosas.

Nausica.- (*A lo suyo*) También Ulises oyó cantar sirenas...

Eurimedusa.- ¿No te digo? (*Airándose*) Y todos esos cuentos te están poniendo amarga... Que zurzan a los héroes, Nausica. Si los han vuelto locos tantos muertos, que no hubieran matado. Que los encierren en los manicomios, ya que no los encerraron antes de hacer las guerras... (*Ibid.* 147)<sup>31</sup>.

El héroe, entre sueños, dice así:

En la isla del Sol<sup>32</sup> pastaban alegres y blancos los rebaños... La sangre tiñó de rojo toda la tierra..., todo el mar... Yo corrí hacia la nave...

Nausica.- (*Yendo hacia él y acariciándolo*) Todos tenemos nuestra odisea, Ulises. La odisea no es ir de isla en isla, camino de la nuestra, sino de persona en persona, camino de nosotros... Si, en el fondo, sabes que siempre se acaba donde se empezó, ¿por qué corres, Ulises? (*Ibid.* 148).

Llega Euríalo<sup>33</sup>, de la edad de Nausica, cuyo lecho ha visitado con frecuencia. No se atreve a matar a Ulises con el cuchillo que le había ofrecido Eurimedusa.

Ulises, al despertar, cree que Euríalo es un mensajero de Zeus: «A veces suelen adoptar apariencias vulgares»<sup>34</sup>.

El itacense tampoco quiere matar al joven. Nausica, entonces, les llama cobardes a los dos, a cada uno por separado (*Ibid.* 153)<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> Señalemos la acerba crítica de los héroes. Las Sirenas son dos en Homero (*Odisea* 12.39-52), viven en una isla y, entonando una canción irresistible, atraen letalmente a quienes las escuchan. Ulises logró escapar de ellas, porque, aunque las oyó atado al mástil, sus compañeros, a los que previamente les había taponado los oídos con cera fundida, siguieron remando impasibles. Si bien aparecen, desde pronto, en algunos vasos arcaicos, con cabeza de mujer y alas, sólo mucho más tarde (en el siglo VI d.C.) se las representó como mezcla de mujer y pez.

<sup>32</sup> Tras el terrible episodio de Caribdis y Escila, Ulises y sus compañeros llegaron a la isla de Helio (Sol), donde pastaban las excelentes vacas del dios que todo lo ve y todo lo oye. El fecundo en recursos recordó la recomendación de Tiresias: evitar esa isla; aun así, anclaron en ella, y, al cabo de un mes, faltos de vientos propicios, los demás, mientras el héroe dormía, sacrificaron las vacas mejores; se produjeron prodigios varios, pues las carnes vacunas mugían mientras eran asadas; Helio se quejó a Zeus, que hundió en el mar a todos los demás, salvo a Ulises, el cual a duras penas pudo llegar hasta la isla de Calipso (*cf. Odisea* 12.340-420).

<sup>33</sup> Euríalo, en la *Odisea* (*cf.* 8.115, 127, 140, etc.) es el segundo, entre los feacios, por la excelencia de su cuerpo y hermosura; provocó a Ulises, diciéndole que no tenía condiciones de atleta; éste, enfadado, lanzó un disco mucho más lejos que nadie.

<sup>34</sup> Es un rasgo de menosprecio y celos, ausente por completo del poema homérico.

<sup>35</sup> Llamar cobarde a un héroe homérico era lo peor que se le podía decir, pues, al menos en la *Iliada*, toda la vida del guerrero gira en torno a la valentía y pundonor mostrados en el campo de batalla.

Ella, contrariada, afirma: «Preferiría casarme con un toro, como esa Pasífae de quien te gusta hablar. O con un cisne, como Leda. O con un burro muerto» (*Ibid.* 154)<sup>36</sup>.

El de Ítaca suelta una perorata sobre amor y matrimonio:

Ulises.- El matrimonio está bien inventado: lo han inventado los seres humanos a su propia medida. Es cómodo de llevar, resistente si se le trata bien... El amor, no es, sin embargo, nada de eso. Es una sucia trampa, una sacaliña, el castigo que los dioses nos impusieron por...

Nausica.- (*Con una clara risa*) Ya salieron los dioses, ¿cómo no? (*Ibid.* 155).

El fecundo en ardides consigue que Euríalo, algo molesto, se retire.

Ulises.- (*Suficiente*) Sin mis zorrerías nunca se hubiera conquistado Troya. Si no es por mi artimaña del caballo...

Nausica.- (*Sin dejarle seguir*) A traición. A traición y por la espalda... ¿Qué me importa a mí Troya? ¿Qué me importan tus peleas de barrio? ¡Troya!: griegos bebiendo sangre griega. Párete de una vez tu condenado cuello de tanto mirar hacia atrás... ¡Me da tortícolis pobre Ulises, pobre hombre, fabulador de mierda! (*Ibid.* 156).

Irritada, desilusionada, humillada, Nausica no quiere que se le acerque ni que la toque, harta de la guerra de cuyos intereses el héroe sigue viviendo.

Ulises.- (*Muy paternal*) No me interesa tu opinión.

Nausica.- Helena fue una puta pasada de moda. Menelao, un cornudo consentido. Clitemnestra una perra salida, a la que su marido no dejaba contenta. Agamenón, un impotente que se distraía jugando a los soldados...

Ulises.- (*Sin agraviarse*) Deja en paz a los muertos.

Nausica.- ¿Dejaron ellos en paz a los vivos? Áyax, un esquizofrénico consumido de envidia. Paris, un barbilindo parpadeante, especializado en concursos de belleza... Y tu héroe Aquiles, el de los pies ligeros...

Ulises.- (*Como a una niña*) Calla, Nausica...

Nausica.- (*Imparable*) Aquiles, una loca a la que no le importaban más que los muslos de Patrocles<sup>37</sup>... Y tu Olimpo, ¿me oyes bien?, todo tu Olimpo, un patio de vecinos atestado de zorras y maricas.

Ulises.- (*Sin inmutarse*) No blasfemes. ¡Te has vuelto loca! Los dioses...

Nausica.- Pero el peor de todos, tú: explotador de viejas solitarias, consolador de solteronas, mentiroso, bujarrón de puertos, bravo de pacotilla, adorador de dioses inventados... (*Ibid.* 156-7)<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 154. Si Leda ya aparece en la *Odisea* (aunque no se habla del bestialismo), Pasífae no es mencionada claramente hasta el siglo IV, en la obra del orador Isócrates; respectivamente se unieron a un cisne (realmente Zeus), la primera, y a un toro, la segunda.

<sup>37</sup> En este Patrocles (en vez de Patroclo) puede haber un error tipográfico, pues, en p. 170, el nombre del héroe aparece escrito correctamente.

<sup>38</sup> Crítica feroz de la guerra, los héroes homéricos, los dioses. De modo telegráfico, algunas cosas sobre los personajes mencionados: Menelao no puso todos los medios para evitar la infidelidad

Posteriormente, ella, deseando atraerlo a la cama, le dirige estas palabras, entre otras: «Cuéntame lo que te pasó en aquella isla donde los hombres se alimentaban con la flor del loto. No lo recuerdo bien...»

Ulises.- (*Halagado en lo íntimo*) El loto hacía olvidar los hogares, la patria, el ideal, los hijos...

Y más abajo añade:

Yo hice desembarcar media docena de hombres. Tardaban en volver... ¿Comprendes? Ya nos habían olvidado. Entonces desembarqué yo mismo... » (*Ibid.* 158-9)<sup>39</sup>.

Penélope, como una aparición, se presenta, repentinamente, al comienzo del segundo «oscuro», mientras Ulises descansa o quizá dormita. Éste duda si estará muerta, pero aquélla afirma, entre otras cosas, esto: «Tú, mejor que nadie, sabes que vivo... a mi manera. ¿No estuviste en el sombrío Hades, el país de la muerte? ¿No te rodeó allí la vaga procesión de las princesas muertas, que anhelaban beber la sangre del carnero sacrificado? ¿Me viste a mí entre ellas? Mírame bien, Ulises. Tócame bien [...]» (*Ibid.* 163)<sup>40</sup>.

Penélope le cuenta cómo entretiene a los pretendientes:

Los estoy engañando. Durante todo el día, tejo el sudario con que enterrar a Laertes, tu padre, cuando llegue su hora. Es una obligación de buena nuera, que ellos respetan. Hasta que no lo acabe no elegiré marido...

---

de Helena, sino que, tras haber llegado Paris a su mansión, lo dejó a solas con su esposa y se marchó de viaje a Creta; Clitemnestra se unió con Egisto al poco de zarpar los griegos hacia Troya, y, posteriormente, junto con su amante, planeó la muerte de Agamenón; éste no tenía nada de impotente, sino que, muy al contrario, son conocidas varias de sus relaciones sexuales durante la larga guerra, siendo Casandra la más sobresaliente entre sus amadas; Áyax Telamón fue el griego más valiente en el combate, si exceptuamos a Aquiles, pero cuando, tras morir éste, creía tener derecho a sus armas, Ulises las consiguió con su facundia (*cf. Odisea* 11.542-6); una alusión al juicio de Paris, a saber, cuál de las tres diosas (Hera, Afrodita y Atenea) era la más hermosa, la leemos ya en *Iliada* 24.25-30; de los poemas homéricos no se desprende la relación homoerótica de Aquiles con Patroclo, pero testimonios posteriores, como los de Esquilo y Platón (*cf. Banquete* 179 e- 180 a), apuntan a la misma.

<sup>39</sup> En su viaje desde Troya a su patria, Ulises y los suyos se vieron llevados por el viento Bóreas (Norte) hasta el país de los Lotófagos: el héroe envió delante algunos de los suyos, los cuales, tras comer la flor de loto que los nativos les ofrecieron, ya no querían volver a las naves; el fecundo en recursos tuvo que obligarles a embarcar y, después, atarlos bajo los bancos (*cf. Odisea* 9.84-194).

<sup>40</sup> Alusión al descenso al Hades (lugar homónimo del dios de los muertos), donde el itacense tenía que informarse, de boca de Tiresias, sobre cómo llegar hasta su tierra patria. El canto 11 de la *Odisea* ofrece numerosos detalles sobre ese viaje al país de ultratumba. Entre las almas que acudieron al lado de Ulises con la intención de beberse la sangre de los animales sacrificados por aquél destaca su madre, Anticlea, la cual le habló de Penélope, Telémaco y Laertes. Nada se dice allí de princesas; sí, en cambio, de personas de ambos sexos, con edades y condición diferentes.

Ulises.- Pero lo acabarás y entonces...

Penélope.- ¡Ay! Ulises tan pródigo en astucias. ¿Es que se puede vivir a tu lado, por poco tiempo que sea, sin empaparse de tu sabiduría? Durante la noche destejo lo que tejí de día. Será un trabajo eterno (*Ibid.* 164).

A las palabras de Ulises sobre que se encontró con su madre, Anticlea, en la morada de los muertos, Penélope añade que Laertes está como una cabra<sup>41</sup>.

El fecundo en ardidés justifica la guerra: «Todo el porvenir de Grecia estaba en juego. (*Glorioso*) Era preciso partir, sacrificarse. Hay ocasiones en que es necesario derramar sangre violentamente, para lograr a nuestros hijos un mundo más justo y más tranquilo. A la paz, por la guerra» (*Ibid.* 165)<sup>42</sup>.

Penélope añade que Telémaco ya se afeita y está bien dotado en lo que al sexo se refiere. «Es tu vivo retrato [...] Y te imita. Tiene tus mismos prontos, la misma forma de enarcar las cejas cuando se enfada... Es adorable: delicado y viril al mismo tiempo: igualito que tú» (*Ibid.* 166).

El héroe habla del pellejo de piel de toro que le regalara Éolo, de cómo llegaron navegando hasta la vista de Ítaca, y de cómo algunos hombres, envidiosos de su fama, lo abrieron, y, al momento, los aires contenidos allí salieron violentamente y arrastraron el navío mar adentro<sup>43</sup>.

Penélope, que está enterada de los episodios de Circe y Calipso, dirá después: «Tú eres un héroe, Ulises, un orgullo de la humanidad, un símbolo: eso es lo que eres. Formas parte del mundo, como el sol, como el aire. ¿Con qué derecho una pequeña esposa, aunque le sangre el corazón podría retener en exclusiva? [...]» (*Ibid.* 168)<sup>44</sup>.

Indicará después que ha venido acudiendo a una llamada del esposo: «Sí: por... Las mujeres con quienes has ligado hasta ahora eran reinas, hechiceras, ninfas, diosas. Mujeres, como diría, un poco... literarias. Nausica no es nada de eso: es mucho más terrible. Nausica es joven. Es de carne y hueso. Incluso me atrevería a decir de más carne que hueso... Y tú estás a punto de hacer el ridículo» (*Ibid.* 169).

Y más abajo añade: «Nausica te maneja. Utiliza al triunfador de Troya, al pródigo en astucias, al enemigo personal de algunos dioses, al gran Ulises, para que

---

<sup>41</sup> En *Odisea* 11.187-196, Anticlea le cuenta a su hijo que Laertes permanece siempre en el campo, no se acerca a la ciudad y duerme en el suelo junto a los siervos con ropa de mala calidad, lleno de aflicción y añoranza por el regreso de su hijo.

<sup>42</sup> Tanto estas reflexiones como las apuntadas en la nota siguiente son innovaciones de Gala.

<sup>43</sup> El canto décimo de la *Odisea* (10. 1-79) cuenta cómo Ulises y los suyos llegaron a la isla de Éolo y fueron bien atendidos por éste, despensero de los vientos, que entregó al héroe el indicado pellejo donde éstos estaban encerrados, salvo el Céfito, el cual los impulsó hasta llegar a la vista de su patria; pero, una vez abierto el odre, los vientos adversos los llevaron de nuevo al país de Éolo, que se negó a atenderlos.

<sup>44</sup> Las palabras e ideas a que alude esta nota así como las de la próxima son innovaciones de Gala.

la haga disfrutar a todas horas... » (*Ibid.* 169-170). «Tú, como los inmortales, te amas a ti solo. Ulises ama a Ulises... Y, después de ti, yo soy más Ulises que nadie [...]» (*Ibid.* 170).

Mientras dialogan, entra Nausica que, al ver únicamente a Ulises, piensa que está hablando solo; lamenta, además, que el itacense se haya convertido en un charlatán de feria.

Ulises.- «El amor no tiene nada que ver con la civilización. Precisamente, cuando visité la isla de los lestrigones, salvaje y alejada, pensaba también yo que el amor...» (*Ibid.* 172)<sup>45</sup>.

Como a Nausica no le hace ninguna gracia, y le insiste para que se vaya al lecho con ella, interviene Penélope, deseosa de que su esposo le cuente qué le ocurrió en tal momento.

Ulises.- (*Consolado*) Después de una semana de navegación, recalamos en la aldea de Lamos, donde se ve al pastor llamar al pastor. Mis soldados amarraron las naves muy juntas, dentro del puerto. Yo dejé en previsión la mía fuera. Por eso, cuando Antífates dio la señal de alarma por toda la ciudad y salieron los gigantes arrojando contra nosotros sus acantilados, se formó un mortal estruendo de naves que crujían y moribundos que gritaban. Mientras se desencadenaba la matanza, yo corté, con la fúlgida espada que pendía de mi celeste muslo, la amarra de mi nave... y zarpé. Todas las otras perecieron (*Ibid.* 173)<sup>46</sup>.

Penélope no tiene dudas: «Los dioses protectores te salvaron. Y tu valor, naturalmente [...]» (*Ibid.* 173).

El héroe no sabe si volver a Ítaca, a petición de Penélope, o continuar con su amor, el último, hacia Nausica.

Ulises.- «(*Debatiéndose*) En Feacia está mi último amor, Penélope. Entiéndelo: los dioses lo han puesto en mi camino como esa bebida fuerte que se ofrece a los que van a ser ejecutados... » (*Ibid.* 174).

---

<sup>45</sup> Los lestrigones aparecen en *Odisea* 10. 119, sólo una vez; de enorme estatura, se parecían más a gigantes que a hombres. Ahora bien, no hay ninguna mención del amor en todo el pasaje odiseico.

<sup>46</sup> Tras ser expulsados de la tierra de Éolo, los griegos llegaron a la ciudadela de Lamo, en Lestrigonia, donde, cuando entra un pastor llama a voces al que sale y éste le replica, y donde uno podría ganar dos sueldos si no durmiera. Los lestrigones, bajo el mando de Antífates, su rey, arrojan peñascos del tamaño de hombres contra los griegos, mataron a muchos y rompieron muchos navíos. Al menos el rey era antropófago, pues se comió a uno de los griegos (Véase la secuencia completa en *Odisea*, 10.80-124). Por cierto, lo único azul oscuro que hay en todo el pasaje odiseico es la proa del barco de Ulises, no su muslo (10. 127).

Después, el de muchos recursos observa de pronto que la joven está en la cama con Euríalo, a quien le está contando que Ulises se había convertido en un viejo inofensivo, pues si antes no le hacía el amor hasta haberle contado una historia, ahora ya se contentaba sólo con la historia.

Penélope le avisa a su esposo sobre lo que ha de hacer para salir de Feacia: tumbarse en la playa, esperar que amanezca; lo llevarán ante el rey Alkino, a quien le contará lo sucedido, dejando a salvo lo referente a Nausica, y aquél le ayudará para que pueda volver a su querida Ítaca.

Ulises, ya convencido, dirá: «Vamos. [...] Al encuentro de la nueva Penélope. Ojalá los altos dioses me permitan llegar» (*Ibid.* 176).

D. La segunda parte, de menor extensión que la primera, presenta a Eurimena<sup>47</sup> que viene con una carta urgente para la señora; añade, además, que los pretendientes han aceptado la prueba y que todos se rieron cuando Agelao<sup>48</sup> les leyó la proclama: que la reina se casaría con quien lograra tender el arco de Ulises. La carta firmada por Etón<sup>49</sup> de Creta indica que Ulises ha muerto; por eso aquél le manda a la viuda la alianza de su esposo para que la lleve mientras viva.

Penélope lee la carta con aparente desinterés<sup>50</sup>. El extranjero le dice que su matrimonio con el vencedor será válido, pues Ulises había muerto; la heroína no se inmuta al enterarse de la muerte de su esposo. Eurimena no puede más: «¿Qué corazón de piedra!» (*Ibid.* 179)<sup>51</sup>.

---

<sup>47</sup> Llamada Eurínome en la *Odisea*, donde aparece diez veces. Esta sirvienta del palacio de Ulises tiene un cometido muy parecido al desempeñado por Eurimedusa en la mansión de Alcínoo: ambas tienen especial rango, pues se ocupan de las habitaciones de sus señores. Eurínome, además, era la despensera. El significado de ambos nombres propios femeninos es muy parecido; en los dos, como primera parte del compuesto, aparece *eurý-*, «amplio, ancho».

<sup>48</sup> Uno de los pretendientes, distinguido por su valor, les recrimina a los demás que maltraten al mendigo (Ulises, en realidad). Le aconsejó a Telémaco que su madre se casara con otro para que él pudiera poseer el palacio paterno (*Odisea*, 20.322-337).

<sup>49</sup> La *Odisea* (19.183) lo recoge, sólo en una secuencia, como un príncipe cretense que le cuenta a Penélope cómo hacía veinte años vio a Ulises y lo atendió en el palacio de su padre, el rey de Creta, y qué vestidos y armas llevaba el héroe cuando, desde allí, se disponía a zarpar hacia Troya; además, le advierte a la reina que el fecundo en recursos estaba vivo y que, en el plazo de un mes, regresaría con muchas riquezas a su tierra patria.

Todo lo referente a la carta y la alianza es invención de Gala. En general, esta última parte de la comedia es una adaptación muy libre del poema homérico. Sólo en contados casos hay ciertas concomitancias con aquél.

<sup>50</sup> En la segunda parte de la obra, la reina tiene un aspecto y comportamiento muy distintos de los que hemos visto anteriormente; ahora se muestra distante y altanera.

<sup>51</sup> En *Odisea* 23.103, Telémaco, indignado porque su madre, sin convencerse de que el mendigo presente en la sala era su esposo, permaneciera en silencio sin preguntarle ni interrogarle, pronuncia estas palabras: «¡Y siempre tu corazón más duro es que una piedra!».



Penélope recuerda: «Durante una cacería un jabalí le hirió el muslo derecho... Le llevaron a casa de mis padres en unas parihuelas. Teníamos veinte años...» (*Ibid.* 180)<sup>52</sup>.

Eurimena, entonces, le recuerda su agitada vida sexual, pues no bajaban de cincuenta los pretendientes que habían subido a su alcoba.

Penélope.- (*Sin enojo*) ¿Y para qué han subido? Para demostrarme que no se había acabado el mundo. Que había otras bocas, otras piernas, otras palabras al lado de mi oreja... [...] Las infidelidades lo son porque hay alguien a quien serle infiel, aunque no lo seamos. A Ulises pude ponerle los cuernos y engañarle. A mí no me engañaba... A partir de hoy, casada, ya no podré engañar a Ulises ni serle fiel. Ulises ya no cuenta. No debo ya esperarlo [...] (*Ibid.* 181)<sup>53</sup>.

Y algo después la reina afirmará lo siguiente:

Los dioses, a menudo, se equivocan. Y es preciso corregir sus imprudencias. De todas formas, cuánto trabajo cuesta someterlos a un yugo... [...] siento muchísimo que Ulises ya no viva [...] Me hubiera gustado decirle lo que he pensado de él en estos veinte años... Es una pena que se haya muerto sin saberlo... (*Vengativa*) Por otra parte, casarme en vida de Ulises me hubiera ilusionado... Siempre fue inoportuno (*Ibid.* 182).

Eurimena explica cómo van fracasando los pretendientes en la prueba: menciona a Otesipo, Filecio, Eurímaco... y también a Anfinomo, que tendría cerca de ochenta años<sup>54</sup>; añade que ha encontrado muerto a Argo, el perro favorito de Ulises, a lo que contesta Penélope que el can había estado veintitrés años en aquella casa, de los cuales veinte permaneció echado junto a la chimenea. Eurimena precisa que quizá era el único, en toda la casa, fiel a Ulises<sup>55</sup>.

Penélope le cuenta a su sirviente que conseguirá que Anfinomo venza en la prueba, pues el arco tenía un seguro, echado el cual, era imposible tenderlo; tal

---

<sup>52</sup> El único detalle que encontramos en la *Odisea* es la herida que un jabalí le infiriera al héroe itacense.

<sup>53</sup> En el poema homérico no se menciona infidelidad alguna de Penélope.

<sup>54</sup> De los aquí mencionados el que discrepa del nombre griego es Otesipo, que debiera ser Ctesipo (*Ktēsīppos*; quizá estamos, de nuevo, ante un error tipográfico). Por lo demás es otra invención de Gala la edad avanzada de Anfinomo. De éste nos dice el aedo homérico que era el que más le agradaba a Penélope por sus palabras, pues estaba dotado de buenas intenciones (*Odisea* 16.406); el héroe lo tiene por discreto y quiere salvarlo, diciéndole que haría bien retirándose del palacio (18.125-150); en la lucha final, fue muerto por Telémaco que lo traspasó con una lanza (22.89-96).

<sup>55</sup> El episodio del perro Argo es de gran importancia en el transcurso del poema odiseico, pues es un animal, no una persona, el primero que, aun yaciendo entre estiércol y lleno de pulgas, reconoció, nada más verlo, al héroe disfrazado de mendigo; enderezó la cabeza y las orejas, movió la cola, dejó caer las orejas, y, poco después, murió: *Cf. Odisea* 17.292, 300, 326.



artificio había sido puesto por Ulises, y ahora será el medio que ella use para casarse con quien quiera. La oferta de aquél, entiéndase económica, había sido la mejor, y ella no estaba dispuesta a casarse una segunda vez por amor. Todos los demás pretendientes se marcharían por donde habían venido (*Ibid.* 184-5)<sup>56</sup>.

La sirvienta, que ha estado siempre allí y recuerda la agitada noche de bodas de su señora, explica cómo se fueron distanciando los cónyuges:

[...] Él era un loco y tú demasiado sensata. Doña Perfecta te llamaba... «¿cómo está hoy de humor doña Perfecta?», me decía: qué ángel... Y tus manías de orden y tu afán de demostrarle que lo que te decía era mentira... Una mujer debe creerse todo: ¿qué más da una mentira más o menos? Cuando nos mienten es que nos quieren todavía. Después, ya, ni se toman el trabajo... Las mentiras más grandes son las que no se dicen (*Ibid.* 186).

Cuando todo parecía indicar que Anfinomo había vencido en la prueba y se presentaría en la alcoba nupcial, el que llega es Etón (*Ibid.* 188).

Nos detenemos en las primeras palabras de los esposos, aunque Ulises todavía no se ha dado a conocer:

Ulises.- [...] ¿Es usted la dulce Penélope?

Penélope.- ¿Eso lo dijo Ulises de mí: la «dulce» Penélope?

Ulises.- Dulce, callada y obediente.

Penélope.- Basta. Explique usted por qué está aquí. ¿Qué ha sucedido (*Ibid.* 188).

El forastero (Ulises, en realidad) cuenta que sólo él pudo tender el arco, pues le puso unas gotas de aceite al oxidado mecanismo; además afirma que el héroe le había pedido que echara de su casa a los pretendientes pues estaban arruinando a su esposa.

La reina cuenta que los pretendientes quisieron proclamar una república al principio, pero, Telémaco, al ser mayor de edad, decidió ser rey a toda costa; por eso ella tenía que elegir un pretendiente, casarse con él y marcharse fuera. Los pretendientes le exigieron al joven pruebas de la muerte de Ulises, aunque, en realidad, tramaron acabar con él en alta mar.

El de Ítaca se extraña del comportamiento de su hijo. Ella, por su parte, se expresa con dureza, refiriéndose a su esposo: «Siempre fue un embustero. Si nunca quiso conocerme a mí, ¿cómo iba a conocer a un hijo que dejó de dos años? A

---

<sup>56</sup> La referencia al seguro del arma es pura innovación de Gala. Con respecto a la *Odisea*, una diferencia importante aportada por éste autor, en la que coincide con Torrente Ballester (*El retorno de Ulises*), es que Ulises no mata a los demás pretendientes: simplemente les vence en la prueba del arco. En cambio, Buero Vallejo (*La tejedora de sueños*) (1952) sí mantiene la versión odiseica: es decir, el fecundo en ardid consigue acabar con todos ellos.



Ulises, mientras estuvo en Ítaca, le importó sólo Ulises. Su hijo y yo éramos el lastre de su barco [...]» (*Ibid.* 191).

Si el forastero sostiene que el héroe se marchó por defender el amor de Menelao, que era el honor de Grecia, Penélope insiste en que ya estaba bien de «mitomanías»: «Si la guerra de Troya se hizo fue porque competir con Troya era ruinoso: fabricaba más que toda Grecia. Inundaba con sus productos los mercados y acogotaba nuestra economía. El 'made in Troya' era una bofetada cada vez que nos poníamos un traje, descorchábamos una botella o abríamos una caja [...]» (*Ibid.* 191).

El pretendido forastero habla así: «Él también se casó por tener una mujer y unos hijos con ella. Pero cuando esa mujer lo tuvo bien seguro se transformó en un censo, en un jefe de administración, en un sargento de caballería» (*Ibid.* 192).

A la pregunta de Penélope sobre quién han pensado todos que era Ulises, éste replica así:

Ulises.- El símbolo del hombre. Eterno insatisfecho, viajero, curioso, razonador, dominador de la naturaleza, contrincante mañoso del destino, desobediente a los dioses malignos...

Penélope.- Por favor, reduzcamos la conversación a límites caseros. La dialéctica no me impresiona ya: fui la mujer de Ulises...

Ulises.- Fue, es y será un héroe.

Penélope.- Nuestro tiempo es trivial, amigo mío: no hay héroes ni dioses. Nadie es imprescindible (*Ibid.* 193)<sup>57</sup>.

La discusión se agria. Ella, no poco engréida, le pide al extraño que abandone la habitación y le pregunte a Eurimena dónde puede pasar la noche.

Penélope, una vez sola, cree que ha fracasado como esposa, madre y en su proyectado segundo matrimonio. Le vendría bien algo de alcohol: «Toda la vida prohibiéndolo y ahora soy yo quien necesita un trago. Estoy por sospechar que es una majadería la ley seca...» (*Ibid.* 197)<sup>58</sup>.

Entra al cabo de un poco Eurimena diciendo que el desconocido es Ulises, pues, viéndolo a través de la cerradura cuando se desnudaba, ha reconocido la cicatriz de su muslo derecho.

Penélope cambia de actitud: le pide a la sirvienta que le suplique a Ulises que vuelva. Mientras tanto, Ulises habla solo en la sala: «[...] Cómo gana una mujer mientras se la sueña. Ay, Penélope: vete, quiero soñar contigo... Circe y Calypso no se apearon del pedestal: siempre fueron soñadas... ¿por qué no hiciste tú eso? [...] No te detenga nada Ulises. Aquí no es nada tuyo. La voz que has de seguir te llama desde el mar... En Feacia fui amado... No debí haber venido... » (*Ibid.* 200).

<sup>57</sup> Nótese cómo Penélope niega radicalmente la existencia de dioses y héroes.

<sup>58</sup> Entre los numerosos anacronismos de la comedia está el gusto por el whisky manifestado por Eurimena, y, ahora, por Penélope, y la costumbre de fumar de ésta última, que luego le ofrecerá un cigarrillo a Ulises, fumador tiempo atrás.

De pronto, reflejándose en el espejo, aparece Nausica:

(*Sonriendo dulcemente*) Claro que no. Te lo advertí. Yo fui tu último tren: no debiste apearte. Tú has detestado siempre que te ordenen la vida, saber lo que va a ser de ti hasta que te mueras, la mesa bien puesta y el olor virtuoso. Tú eres un mito, Ulises. No estás hecho para que te pregunten cada día qué quieres de segundo plato. Has nacido para águila y aquí te hubieran rebajado a gallina clueca...

El héroe reconoce que «Penélope es la rendición, el fin».

Mientras, la joven insiste: «[...] Te aburrirás a muerte. Perderás la línea. Penélope te hipotecará la opinión con sus guisos grasientos... Échate al mar, Ulises. ¿No te acuerdas del mar?». Y, algo más abajo, añade: «Dentro de poco, en Ítaca, no serás más Ulises: serás sólo el marido de Penélope y el padre de Telémaco. Todo lo que has luchado: tu fama, tus amores, tu odisea, acabará en una fría cama de matrimonio. ¡Huye! Yo te estoy esperando...» (*Ibid.* 201).

Penélope aparece, en su dormitorio, con un «deshabillé» honesto, pero turbador y el pelo suelto; le ofrece a Ulises una copa, aunque éste afirma que no bebe, y, después, un cigarrillo; sentados juntos se dicen mutuamente algún piropo. El héroe desea abrazarla pero ella se le escapa. Mientras él, ya de pie, la busca, pronuncia una frase parecida a la que en otro momento le dijera a Nausica: «Su esbeltez me recuerda el tronco de una palma que subía hasta el cielo. La vi una tarde, en Delfos, junto al altar de Apolo. Creí que no podía haber nada tan bello... » (*Ibid.* 204)<sup>59</sup>.

Penélope, tras recibir un beso, decisivo para reconocer al forastero, le da una bofetada y, entre otras cosas, pasando ya al tuteo, afirma: «[...] Veinte años por ahí y ahora vienes, de incógnito, a aprovecharte de mi indefensión y a sobarme con un nombre supuesto. ¡Y mañana pensabas volver al mar! Ulises, con sus manos lavadas, le pone un cuerno a Ulises: mitología pura... » (*Ibid.* 205).

El de muchos recursos advierte:

[...] Triste es llegar a la patria, Penélope, después de tantas privaciones y encontrar que sólo un perro nos reconoce. Sólo un perro mueve la cola a nuestro paso, recuerda nuestro olor. Sólo un perro ha esperado [...]. Sólo un perro, Penélope... Pobre Argos ciego. Vino hasta mí despacio, parecía que nunca iba a llegar. Cuando me olfateó quiso ladrar sin conseguirlo... O quizá sólo quiso sonreír. No le dejó la muerte... (*Ibid.* 205-6)<sup>60</sup>.

Penélope afirma que lo había reconocido desde el primer momento. No obstante, ahora todo había cambiado; Telémaco llegaría al día siguiente con pruebas

---

<sup>59</sup> Cf. nota 30.

<sup>60</sup> El Argo odiseico no puede, en modo alguno, levantarse del suelo; además, se dice allí que vio al héroe; luego no era ciego.

fehacientes de la muerte de su padre, al que incluso mataría por defender el honor del mismo: «Cree que Ulises es fuerte, valiente, hermoso. Cree todo lo que tú has querido que se crea de ti. Ulises, conquistador de Troya, general invencible, amante infatigable, navegante perpetuo, hábil, sutil, astuto, inteligente... » (*Ibid.* 206).

Algo después añade que siempre se vuelve al sitio de partida:

[...] No has vuelto por amor ni a Ítaca ni a mí [...] Has vuelto a descansar, Ulises [...] Ya has llegado al puerto final [...] Te recuerdo maravilloso, como nunca has sido. Y te amo, Ulises, ¿qué quieres que haga? Amo tu pelo gris y tu cansancio tanto como amé tus rizos y tu vigor de la primera noche. Así somos. Eres mi sueño, mi realidad, mi tedio, mi martirio, mi dios. Eres mi hombre [...] (*Ibid.* 208).

Ulises, a la vista de la situación, decide que se irán a vivir con su padre, tierra adentro: «Con el pobre loco, locos los tres. A cuidar viñedos y asar castañas en la chimenea... A gordar ... » (*Ibid.* 209)<sup>61</sup>.

Mientras Penélope prepara la cama, Ulises le cuenta lo que le ocurrió cuando bajó al Hades:

Me encontré con Tiresias de Tebas, el antiguo vidente: «Escucha, hijo de Laertes, vástago de los dioses», me dijo. «Después de resolver los problemas de Ítaca, has de partir de nuevo llevando al hombro un remo y caminarás hasta la tierra de unos hombres que desconocen el mar, no utilizan la sal en las comidas e ignoran la existencia de las naves. Entonces clavarás en la tierra tu remo y sacrificarás al dios del mar. Sólo si cumples esto el mar te enviará una ancianidad feliz». Eso me dijo Tiresias. Y su sombra, entre las demás sombras del Erebo... (*Ibid.* 209-10)<sup>62</sup>.

El héroe, tras cumplir una tras otra las órdenes de Penélope (apagar la luz, cerrar las ventanas, descalzarse) va a acostarse, y, al pasar junto al espejo, dice: «Buenas noches, Ulises. Adiós Ulises» (*Ibid.* 210)<sup>63</sup>. Y así acaba la comedia.

En el epílogo, Gala habla de por qué ha escrito esta obra como un juego.

[...] Cualquiera odisea es el relato de un retorno —a la larga da igual retornar vencedor o vencido— y de una desanimada espera. La despedida de un mar donde se estuvo «desmemoriado y disponible». La recuperación de la memoria, que una

---

<sup>61</sup> En el canto vigésimo cuarto y último, el poema odiseico nos cuenta, entre otros sucesos, cómo el héroe, acompañado de Telémaco y algunos de los suyos, visitó a su padre que vivía en el campo con aspecto descuidado; cómo, tras varias pruebas, lo reconoció el anciano Laertes; y, finalmente, cómo tuvo lugar el pacto entre el fecundo en recursos y los familiares de los pretendientes recién muertos. En cambio, Penélope no salió del palacio real.

<sup>62</sup> Es una adaptación libre de lo que leemos en *Odisea* 11.119-136. La diferencia más importante es que allí se dice que, en caso de que el héroe cumpliera todas las indicaciones, le llegaría una muerte suave fuera del mar.

<sup>63</sup> Nada del antiguo poema se vislumbra en este final. Si acaso, que los cónyuges se acuestan juntos, pero nada más.

posguerra náufraga logró desvanecer y diluir. Todos somos Ulises o Nausica o Penélope. Todos hemos sufrido las consecuencias de una lejana guerra, cuyas causas se nos han olvidado. Todos esperábamos llegar alguna vez donde nunca llegamos. Todos hemos perdido demasiado tiempo y culpado de nuestras tonterías al destino y los dioses. Todos vagamos de una en otra isla, desterrados de donde fuimos reyes ignorantes: y es terrible volver. Todos tenemos un alma dividida: y es terrible elegir.

«¿Por qué corres, Ulises?» es una tragedia tan frecuente que ha dejado de serlo y se ha vuelto costumbre: para convivir con la tragedia nos tapamos los ojos como burros de noria. No requiere ni un desarrollo ni un final sangrientos: las heridas más hondas son las que menos sangran. Verificar que todo hombre es, en definitiva, un pobre hombre y que toda mujer, sea como sea, no es más una mujer, puede dar risa. Quizá el mejor espectador sea aquel que, mientras se sonríe, acierte a comprenderlo (*Ibid.* 211-2).

E. En conclusión, si salvamos todas las diferencias de género y las necesarias adaptaciones del poema épico a una comedia actual, podemos decir que Gala ha respetado las líneas generales de la *Odisea*; coincide con los citados Torrente Ballester y Buero Vallejo en la crítica de la guerra y de los héroes homéricos y, asimismo, en las dudas de los personajes sobre la existencia de los dioses (cuando no la niegan abiertamente). Por otro lado, en la obra revisada advertimos la presencia de varios temas abierta o veladamente sexuales, tan propios de la comedia antigua, pero casi ausentes del *epos* homérico. A su vez, la segunda parte de la comedia estudiada rebosa de inventiva, con abundantes anacronismos, especialmente hacia el final de la misma.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### 1. EDICIÓN SEGUIDA

GALA, A. (1984<sup>a</sup>, 1977<sup>a</sup>): *Las cítaras colgadas de los árboles. ¿Por qué corres, Ulises?*, prólogo de E. LLOVET, Espasa Calpe, Madrid.

### 2. BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA SOBRE GALA

CAZORLA, H. (1986): «El retorno de Ulises: dos enfoques contemporáneos del mito en el teatro de Buero Vallejo y Antonio Gala», *Hispanófila* 87: 43-51.

LAMARTINA-LENS, I. (1986): «Myth of Penelope and Ulysses in *La tejedora de sueños, ¿Por qué corres, Ulises?* and *Ulises no vuelve*», *Estreno* 12.2: 31-34.

MOYA, F. (2009): «Sastre y Gala: dos posturas ante el mito», en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *Mitos en la literatura española e hispanoamericana del siglo XX*, Ediciones Clásicas, Madrid, pp. 527-544.

NAVARRO, J. L. (1993): «De Homero a Gala: ¿Por qué corres, Ulises?», *Aula abierta* 9: 21-27.

### 3. PANORAMA GENERAL

BOITANI, P. (1992): *L'ombra di Ulisse: figure di un mito*, Il Mulino, Bolonia.



- GARCÍA ROMERO, F. (1997): «Observaciones sobre el tratamiento del mito de Ulises en el teatro español contemporáneo», *Analecta Malacitana* 20: 513-526.
- (1999): «El mito de Ulises en el teatro español del siglo XX», *Cuadernos de Filología clásica (egi)* 9: 281-303 (También en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.) (2009): *Mitos en la literatura española e hispanoamericana del siglo XX*, Ediciones Clásicas, Madrid, pp.739-755).
- (2002): «Pervivencia de Penélope», en F. DE MARTINO Y C. MORENILLA (eds.), *El teatre clàssic al marc de la cultura grega y la seua pervivència dins la cultura occidental: V. El perfil de les ombres*, Levante Editori, Bari, pp.187-204.
- GONZÁLEZ DELGADO, R. (2005): «¿Casta, libertina o feminista? Penélope en el teatro español contemporáneo», *La Ratonera. Revista asturiana de teatro* 13 y 15: 99-105 y 106-113.
- (2006): «Penélope / Helena en el teatro español de posguerra», *Stichomythia* 4: 1-18.
- KATZ, M. A. (1991): *Penelope's renown. Meaning and indeterminacy in the Odyssey*, Princeton Univ. Press.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A. (1993): «Datos sobre la influencia de la épica griega en la literatura española», en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.): *La épica griega y su influencia en la literatura española*, Ediciones clásicas, Madrid, pp. 359-409.
- (2003): «Influencias de la *Odisea* en dos autores de la literatura española del siglo XX: Gonzalo Torrente Ballester y Antonio Buero Vallejo», en S. NICOSIA (ed.): *Ulisse nel tempo: la metafora infinita*, Marsilio, Venecia, pp. 445-468.
- MACTOUX, M. M. (1974): *Penélope, légende et mythe*, Les Belles Lettres, París.
- PAULINO, J. (1994): «Ulises en el teatro español contemporáneo. Una revisión panorámica», *ALEC* 19: 327-342.
- RAGUÉ I ARIAS, M. J. (1992): *Lo que fue Troya. Los mitos griegos en el teatro español actual*, Asociación de autores de Teatro, Madrid.
- STANFORD, W. B. (1968<sup>2</sup>, 1954<sup>1</sup>): *The Ulysses theme*, Blackwell, Oxford.

